

HUMILLACIÓN

AMOR ENTRE ESPOSOS

LA OTRA ORILLA

Tres ideas con relación al nuestro mundo actual

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

junio-julio 2018

EL VALOR DE LA HUMILLACIÓN

Es difícil valorar la humillación; más bien es un antivalor humano de quien la realiza y de quien la soporta. De quien es sujeto activo pone de manifiesto su infravalor como persona, cuyo rango demuestra su nivel inferior. Si humilla, cosifica a la persona, y se cosifica a sí mismo: se hace látigo, grito, juicio impropio. Ve la perspectiva de algo, no de alguien. El sujeto pasivo, atesora el resentimiento, que puede transformarse en odio y degenerar en venganza.

Humillar es infravalorar a la persona en acciones directas. El no reconocer, es una forma de humillación; tan frecuente en las luchas de poder o en la vida ordinaria. A veces en la familia, en la casa, en el pueblo o en la nación, no se reconocen los valores del trabajo de la madre o del padre, de los hijos o de los empleados, de los docentes o de los alumnos. También es frecuente no reconocer el trabajo humilde y callado de un sacerdote o de un obispo. Simplemente porque se dice “es su deber” y cuidado si no cumplen, por cualquier motivo justificado o no “arde Troya”.

Eso pasaba también en Israel, con los profetas; le pasó a Jesús. Sus familiares y paisanos, buscaron razones penúltimas, como dice Urs van Balthasar, si ni siquiera pasar a las últimas: que si conocemos a sus familiares, que si es el hijo del Carpintero, ¿de dónde le viene esa sabiduría? ¿por qué puede hacer milagros?(Cf. Mc 6,1-6). Prefirieron sus usos y costumbres; así ha sido siempre. Se negaron a creer que era alguien extraordinario. El Hijo de Dios que quiso ser uno de nosotros y uno como nosotros, dejando que aparecieran los destellos de su divinidad ocasionalmente. Incrédulos.

Se perdieron la alegría de descubrir lo extraordinario del Hijo de María, su paisano, e hijo de San José,-heredero de las promesas mesiánicas-, porque aceptó a María por esposa. Este fue el prelude de las subsiguientes humillaciones, hasta las más terribles: juicio con pena injusta; enemigo del César, y por eso lo condenaron, no por supuesto blasfemo al que le correspondía la lapidación, sino la suma humillación. La pasión afrentosa y la muerte en la cruz. Su humillación es para reconstruir a la humanidad, a la familia humana. Solo el amor puede permitirnos, reedificar lo destruido. El amor paciente, manso y humilde que proceden de un corazón llameante. La debilidad, la humillación, no es obstáculo, -como enseña San Pablo (cf 2 Cor 12, 7-10) porque está la gracia para actuar, más allá de responder con el amor propio, que sí destruye imperios, como el Imperio Romano, según el juicio de san Agustín en la “Ciudad de Dios”.

La humillación y el no reconocimiento pueden convertirse en una ocasión para imitar a Jesús y edificar la Ciudad de Dios, la Ciudad de los hermanos.

LA BELLEZA DEL AMOR ENTRE ESPOSOS

La belleza de la relación esponsal es expresión sentida del misterio interpersonal de comunión del hombre y de la mujer. Se complementan y mutuamente se necesitan. Es mutua referencia en la vida en todos los ámbitos: sentir la cercanía del cuerpo, la caricia afectiva, la comunión de ideales, la experiencia compartida del misterio fontal del Dios Amor, Dios Comunicación y Comunión de personas divinas. Implica el dinamismo de su mutua y eterna donación interpersonales, en la posesión mutua de la única e irrepetible esencia divina.

Fruto de la relación esponsalicia bella, son los hijos. Ellos posibilitan para que los padres crezcan en su condición de personas-don. Dándose ambos en el abrazo mutuo a lo largo de la vida, perpetúan de modo concreto y existencial en la historia y en su modo personal, el dinamismo eterno del amor divino. Por eso las relaciones egoístas cerradas a la vida, bloquean la felicidad e impiden la plenitud del gozo esponsal, y por tanto, su belleza suprema.

Antinatural a la persona es la destrucción del amor y de la belleza esponsales; su expresión es el egoísmo causante de rupturas entre los esposos, quienes impidieron llegar al éxtasis de la belleza esponsal. Dejan a su paso el fracaso y a unos hijos dañados, -aunque busquen sanarlos con regalos y psicólogos. Ellos tiene derecho a la belleza esponsal madura y constante, tierna, romántica y delicada de sus padres. Ésta los dispone y los lanza a la realización de su condición de personas en la integridad misterial de su comunión con él tú humano y el Tú divino.

Las heridas abundan y los pretextos de inmadurez de quienes no superaron la adolescencia; no supieron y no pudieron vivir el gozo por el otro, en la empatía, la simpatía y el compromiso mutuo de hacerse felices en el apoyo y acompañamiento. En la belleza del amor esponsal se prueba y gusta el amor divino, que en cierta manera es esponsal, pero supera su expresión humana; es analógico y sacramental.

PASAR HACIA LA OTRA ORILLA

El ser humano siempre pasa de un estado a otro, de una etapa a otra diferente. Así, del no ser al ser por el sí mutuo de los padres aceptado por Dios: la unión de dos células para progresivamente formar de una semilla un embrión, de un embrión la configuración progresiva de un cuerpo humano, supuesto el impulso inicial que llamamos alma, creada directamente por Dios. Viene el nacimiento y el ulterior desarrollo: de bebé, niño, adolescente, joven, adulto, anciano. Es un proceso de vida. Continuamente se está pasando a la otra orilla: se cruzan los diversos mares de la existencia. Así también de las tribus a los pueblos, de los pueblos a las naciones, de las naciones al mundo.

Nos disponemos a elegir presidente de la república, gobernadores, -en algunos estados, senadores y diputados federales o locales. Es un ejercicio democrático fruto de sociedades maduras y un logro contemporáneo, al cual le pueden acechar tentaciones totalitarias, de individuos o de partidos, de ideología o de secta. Aquella expresión que sintetiza las pretensiones totalitarias: "l'État se moi", el estado soy yo, de los absolutismo del antiguo régimen francés, o puede ser otro con toque populista "el pueblo soy yo". Siguiendo la visión Teológica de la Historia, para nuestro propósito, nos sirven los planteamientos de Hans Urs von Balthazar.

El pensamiento humano ha tratado de captar la realidad mediante una división: lo fáctico, -lo que aparece, lo concreto y singular-, y lo necesario universal. Este esquema se encuentra en los inicios del pensamiento occidental y corresponde al modo de conocer, como a la estructura del ser. Ambos momentos se pueden acentuar unilateral y diversamente: destacar las leyes esenciales y universales sobre lo fáctico empírico del mundo sensible. Ante esto protesta la corriente llamada empirismo-positivista; considera que lo real ya concreto es aquí y ahora, lo puesto delante y medible, al igual que lo histórico en su percepción tangible.

Esta postura menosprecia la fuerza de la abstracción; se queda en hechos sensibles y se mantiene en una antítesis superficial de la verdadera filosofía. La explicación del ámbito de los fenómenos, no se circunscribe a lo más inmediato. Se apunta a algo que está más allá, en la dimensión esencial, diríamos, la zona de un plus de sentido y significado, que apunte a una trascendencia, más allá de su inmediatismo fenoménico e inmenetista. Aquí se abre la posibilidad de entrada a la imaginación supersticiosa para explicar el acontecer desde las constelaciones astrológicas, el pesimismo del "fatum" o del destino, del tarot y semejantes. Hegel emprendió la tarea de someter la razón al terreno de la Historia: lo racional se expresa de modo fáctico, sería patentización del espíritu racional en el mundo.

Esto conlleva una desvalorización de lo fáctico-histórico: no queda espacio para la libertad de la persona, solo la ley inexorable, necesaria y universal del espíritu racional. De Hegel se llega a Marx: el materialismo dialéctico aplicado a la Historia en su dimensión economicista; no toma en serio los hechos y los acontecimientos, sino los tiraniza somendiéndolos a leyes mecánicas.

Quien se adentra en la visión reflexiva de la Historia en su conjunto ha de tomar un sujeto general que obre y se manifieste en lo histórico, que explique el sentido último de la Historia, que sea criterio objetivo de comportamiento y que a la vez sea una esencia universal y normativa que abarque todos los periodos de la Historia, que esté inmerso en ella y que además la trascienda. Tal sujeto o es Dios, -pero El no necesita la Historia para comprenderse a sí mismo y además está fuera de la Historia (o al menos en este planteamiento racional que prescinde de la Revelación o de la entrada de Dios en el mundo) o bien el hombre; pero éste es un individuo. No puede dominar toda la Historia en su conjunto; le corresponde a su esencia realizarse aquí y ahora; además en la dimensión esencial del ser humano se da la intersubjetividad de comunión de las personas libres de idéntica esencia ontológica. De aquí que ningún individuo puede elevarse como absoluto sobre los demás: pone en peligro su dignidad ontológica y las de los demás. Filosóficamente es imposible que una persona humana domine sobre todas las demás y sea el sujeto absoluto de la Historia. De aquí podemos atisbar el camino de la Redención universal accesible a todos; que ha de pasar por el camino de la Historia, camino del hombre, en lo esencial del mismo hombre, en su destino y repercusión en el cosmos.

De aquí la filosofía de la Historia se queda corta y llega a una aporía, a un callejón sin salida. Solo lo divino que asuma lo humano, puede ser sujeto, norma irreplicable, criterio absoluto para la Historia. Necesariamente se tiene que pasar a la Teología, como quehacer humano de fe en orden a profundizar en la Revelación: “con la encarnación del Verbo, el tiempo una es una dimensión de Dios”, nos diría San Juan Pablo II. El Verbo encarnado es nuestra clave para entender la Historia, el valor de los hechos, su más alta significación, su valoración y su proyección eterna. Todo comportamiento humano no se sustrae a la luz de su imperio y de su juicio, que de antemano, es la misericordia, paradigma de todo amor y de toda realización. Los sistemas totalitarios y sus corifeos, tienen un límite más allá de su contingencialidad: es el amor misericordioso de Dios en Jesucristo, sometido a las leyes de la Historia y Señor de la misma Historia, en su inmanencia y trascendencia, en virtud de su muerte y resurrección.

Pasar a la otra orilla, es la pascua, nuestra pascua, para no anegarnos en los totalitarismos o en los cantos de las sirenas, que impiden llegar a la otra orilla, de la verdad, de la bondad, de la libertad, del amor, de la belleza. A pesar de las tormentas, confiar en el Señor como si todo dependiera de Él y trabajar como si todo dependiera de nosotros; transitemos a la otra orilla de la democracia respetuosa de la dignidad de la persona, de la vida, de la familia, de la sociedad, de la empresa, del mundo laboral y magisterial, de la ley con sustrato ético...con paz.